
Cuenta César Jácome Moscoso, en la *Historia de LDU*, que en octubre de 1918 se reunieron cuatro futbolistas universitarios de otro club capitalino, el Olmedo, y decidieron 'matarlo' para que naciera el Universitario.

Cuentan los historiadores del fútbol quiteño que en el año de 1906 empezó a practicar, en el barrio de San Marcos, un extraño juego de origen inglés llamado *football*. Año increíble ese de 1906 que había empezado el primero de enero con un golpe de Estado a favor del general Alfaro y con la circulación del número uno del diario *El Comercio*, y que vería también la fundación del Banco del Pichincha y de la Cámara de Comercio de Quito, las lágrimas de La Dolorosa en el colegio San Gabriel, el nacimiento del escritor más famoso de nuestras letras, Jorge Icaza, y la expedición, en diciembre, de la Constitución que consagraba las conquistas de la Revolución liberal.

De modo que el juego destinado a conquistar a las futuras generaciones asomó cuando todavía el deporte más practicado por los ecuatorianos, el que más pasiones desataba y más muertos cosechaba en las calles y los campos, era la guerra civil en sus más variadas manifestaciones. A la larga, esos enfrentamientos armados que tanto daño causaban al país terminarían siendo desplazados por los combates rituales que se escenifican en los estadios, con reglas aceptadas por todos, y que enseñan a ganar y perder con dignidad. Quien observe los periódicos de la época hallará que era muy poco el espacio dedicado a una actividad deportiva considerada como un sencillo pasatiempo en comparación con los temas importantes de la política, la economía, el arte y la literatura.

Por entonces la obra magna del ferrocarril había llegado hasta Ambato; faltaban dos años para que, en julio de 1908 hiciera su apoteósico ingreso a Quito, uniéndose finalmente al país. La conexión con el mundo cambió el rostro y la vida de la capital: en el ferrocarril llegaban desde pescado fresco hasta las últimas novedades de Europa y Estados Unidos; entre ellas, los primeros recuentos del fútbol y el baloncesto.

Pocos meses después del arribo de la primera locomotora se creó el primer club de fútbol, el Sport Club Quito, y poco a poco el nuevo juego fue despertando la curiosidad de los quiteños, pero cuatro años después el brutal arrastre del general Eloy Alfaro y sus lugartenientes horrorizó a la capital. Hubo que esperar hasta 1918 para que se crearan dos clubes decisivos: el Gladiador, llamado a ser el gran protagonista de la actividad futbolera en las décadas siguientes, y el Universitario.

Cuenta César Jácome Moscoso, en el primer fascículo de la *Historia de LDU*, que en octubre de 1918 se reunieron cuatro futbolistas universitarios de otro club capitalino, el Olmedo, "a considerar el porvenir de ese magnífico equipo" que se estaba disolviendo pues se marchaba la mitad de sus jugadores. "¿Qué hacer? ¿Seguir con suplentes después de haber probado la gloria? Nos parecía absurdo. Los universitarios sabíamos que en todas partes sus equipos deportivos estaban a la cabeza, si no eran los mejores. ¿Por qué no matar el Olmedo para que naciera el Universitario?". Pues eso es lo que decidieron Jácome, su hermano Rodrigo, Alonso Cevallos y Pepe Arellano, quienes hablaron con otros



jugadores del equipo Libertad, que estuvieron de acuerdo “y acordamos ahí fundar la Liga Deportiva Universitaria. Como es natural, el Libertad quedaba también casi asesinado”.

En otras palabras, LDU inicia su recorrido en la vieja casona de la Universidad Central, ubicada entre la iglesia de La Compañía y el palacio de Carondelet, es decir, entre el poder político y el poder religioso, cuando gobernaba el país el poeta guayaquileño Alfredo Baquerizo Moreno y la espantosa guerra europea iba llegando a su final. Para enero el equipo ya está organizado y César Jácome será su capitán hasta 1926, dos años después de haberse graduado.

“Fue una gran ocasión el primer entrenamiento; en total aparecieron, además de los fundadores, otros siete estudiantes. Tuvimos dos balones: uno que regaló Humberto Castillo, a quien su padre se lo había traído de Lima; el otro lo compramos, haciendo vaca, donde las cajoneras de Santo Domingo en tres sures”, recordará César Jácome en una entrevista posterior.

“Sin embargo a la historia hay que darle veracidad. La Universidad nos obsequió más tarde cuatro balones, los mismos que fueron entregados a mi persona para llevar: dos a los entrenamientos y dos a los juegos oficiales, pero en el primer viaje a Guayaquil, después de haberle ganado a la Universidad Estatal, desaparecieron, casi como por encanto, los más buenos, los que eran para los partidos”.

Entrada triunfal del ferrocarril a Quito, el 25 de julio de 1908. Con la locomotora llegaba la modernidad, el comercio internacional y los nuevos deportes. BAAEP.



Potreros de El Ejido hacia 1910. Allí empezaron a practicar ese nuevo juego llegado de Inglaterra: el football. En 1922 se sembraron los árboles del parque y hacia el costado oriental se trazó la cancha de El Ejido. ARM.



Los integrantes iniciales fueron cinco estudiantes de la Facultad de Medicina: Humberto Castillo, guardameta; César Jácome Moscoso, capitán del equipo y jugador por el medio, y los delanteros Eduardo Tamayo, Humberto Garcés y José Arellano. De Ingeniería eran tres: Alfonso y Alonso Cevallos, defensas, y el delantero Nicolás Andrade. La carrera más importante de la época, la de Jurisprudencia, aportó con dos estudiantes: Eduardo Riofrío que jugaba como medio y Rodrigo Jácome, hermano de César, delantero. Completaba Luis Suárez, alumno de la Facultad de Odontología que no quiso ser guardameta “porque le podían fregar las manos”, sus hábiles manos de dentista, de modo que prefirió correr por el medio campo.

Cuando discutieron cuál sería el uniforme, la iniciativa de César Jácome fue aceptada por todos: era la camisa blanca con una franja roja cruzando de izquierda a derecha, del hombro a la cintura; la pantaloneta de color azul y las medias blancas. Con la indecisión de los principiantes para finales de año el color de la camiseta pasó a ser azul, luciendo en el pecho un triángulo con las letras UC en blanco. Faltaba un buen recorrido para que se adoptara el uniforme totalmente blanco que se convertiría en la insignia de LDU.

PRIMERA COPA DE LOS DOCTORCITOS

Los flamantes atletas apenas empezaban a aprender los rudimentos del juego cuando fueron convocados a participar en los festejos octubrinios del puerto principal. Viajaron en tren, el primer día hasta Riobamba, el segundo hasta Durán, después cruzaron asombrados el manso y caudaloso río para desembarcar en el malecón, cerca de la Rotonda.

El equipo de *los doctorcitos* había sido invitado a competir en un torneo organizado por la Universidad de Guayaquil. Fueron tres enfrentamientos: dos allá y otro en el Estadio Municipal de Quito. El último partido se realizó el 9 de octubre de 1919. El Universitario ganó dos y empató el tercero, conquistando así la copa donada por el presidente de la República, don Alfredo Baquerizo Moreno.

Rodrigo Jácome Moscoso contaba que en esos días la “jorga del Universitario”, que vendría a ser el núcleo inicial de la futura hinchada azucena, iba a El Ejido con palas, picos y barras para trazar la cancha que les servía para entrenar, sobre todo en las tardes. “Cargábamos hasta los postes para hacer los arcos”, decía

alegre y lleno de orgullo el día en que lo entrevistamos en la vieja biblioteca del Banco Central. “Eran otros tiempos; hasta 1930 nunca tuvimos técnico, peor sistema de juego; sabíamos que debíamos evitar que nos hagan goles y que había la necesidad que nosotros metamos más que ellos. Fuimos nuestros propios directores técnicos, jugábamos con inteligencia e intuición, adecuándonos instantáneamente a las circunstancias”. No muy distinto de cómo juega un grupo de amigos los fines de semana, pero con más dedicación.

Al grupo inicial se habían incorporado aspirantes como Carlos Andrade Marín, el futuro alcalde, diputado y ministro, quien empezó a perfeccionar en la cancha un estilo muy propio como jugador, dirigente e hincha. Y en el mismo parque de El Ejido, rodeado por guapas señoritas y un público novelero que empezaba a cogerle el gusto al fútbol, se lucía el equipo formado por Guillermo Baquerizo, Bolívar León, Alfonso Troya, el *Mono* Icaza, Plutarco Aguilar, Rodrigo Jácome, César Jácome, Carlos Andrade Marín, Alfonso Cevallos, Bolívar Guarderas y Enrique Mosquera.

Sus adversarios en el campeonato de la ciudad eran el temible Gladiador, el Círculo Ecuador, el Quito, el Cleveland, el Dodge, El Nacional y el Independencia, equipos formados por estudiantes de provincias, mecánicos, chullas capitalinos, policías y militares.

JUGÁBAMOS PARA DIVERTIRNOS

“La verdad es que César, mi hermano, era quien mandaba en el equipo, era el capitán, el que cuidaba los dos balones, el que recogía algunos reales para comprar algo. Para él, en la cancha, yo era solo el puntero izquierdo, nada más”, recordaba a finales de siglo Rodrigo Jácome Moscoso con una voz suave que no había perdido del todo la firmeza con la que colocaba centros a la olla.

Los dos hermanos se educaron en el colegio Mejía, emblema del laicismo impulsado por la Revolución liberal. Los que estaban en el Mejía era considerados “machos, guapos, buenos puñetes”, pero también debían ser buenos estudiantes pues competían con los *cauchos* del colegio San Gabriel de los padres jesuitas.

“Cuando salimos del Mejía teníamos el mejor equipo de la ciudad, se llamaba Olmedo por el poeta y prócer José Joaquín de Olmedo. Bueno, nos graduamos, y la mayoría nos fuimos a la Universidad Central, unos pocos se regresaron a sus provincias, otros dejaron de estudiar porque sus padres tenían negocios”.

La primera foto de los jugadores del Universitario, en 1919. Sentados (i): Eduardo Tamayo, Nicolás Andrade, Humberto Garcés, José Arellano y Rodrigo Jácome. Parados en la segunda fila: Luis Suárez, César Jácome y Eduardo Riofrío. Detrás: Alfonso Cevallos, Humberto Carrillo y Alonso Cevallos. ALDU.

